

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD

Américo Castro y la historia de España

*Una escuela historiográfica influyente en el pasado,
decisiva para el futuro*



ALMUZARA

Índice

AMÉRICO CASTRO RETORNA.....	7
AGRADECIMIENTOS.....	13
PRIMERA PARTE. AMÉRICO CASTRO EN CONTEXTO.....	15
I. Américo Castro como nativo: entre Brasil y Andalucía.....	16
II. Américo Castro, inflexión en la herencia regeneracionista.....	43
III. Exilio y retorno. Claves vitales.....	61
IV. La historiología como hermenéutica orteguiana.....	104
V. Américo Castro, paladín de lo semítico: Al-Ándalus y Sefarad vivos	121
VI. Santiago, factor del vivir hispánico. El mito y sus adarves.....	146
VII. Castas, conversos y erasmistas en Américo Castro: Cervantes y la edad conflictiva	168
VIII. Dos debates de fondo antiguo: lo inquisitorial y el honor	183
IX. Américo castro y la intimidación cultural, frente al hispanismo exógeno.....	195
X. Iberia e iberismo	208
SEGUNDA PARTE. LOS CASTRÍFS Y SUS MUNDOS. GALERÍA DE EXILIOS.....	223
XI. Francisco Márquez Villanueva: el problema de la tolerancia en el neo-exilio.....	224
XII. Juan Goytisolo: de la fenomenología de la pobreza a la epifanía del mudejarismo literario.....	249
XIII. María Soledad Carrasco Urgoiti: élite liberal y maurofilia cultural	270
XIV. André Stoll, semitismo hispánico en modo irónico.....	312
TERCERA PARTE. EL PROBLEMA DEL MÉTODO, QUID DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA	325
XV. Américo Castro hoy: <i>incomplétude</i> nacional y regla del método....	325
XVI. ¿Américo Castro poscolonial? Ideología y emociones	352

BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE AMÉRICO CASTRO,
LOS CASTRÍS. CONTEXTO Y CONTROVERSIAS..... 375
 Bibliografía selecta de Américo Castro..... 375
 Bibliografía selecta de los castrís..... 376
 Correspondencias relevantes..... 377
 Referencias destacadas 377
 Bibliografía selecta del autor relacionada con el sujeto de análisis 378

ÍNDICE DE AUTORES, LUGARES Y CONCEPTOS..... 379

AMÉRICO CASTRO RETORNA

Decía el manifiesto del *5 a las 5*, junio de 1976, del homenaje a García Lorca, en Fuente Vaqueros, que se «mata dos veces, una físicamente y otra con el olvido». El asunto Lorca, con toda su dramaticidad, no puede ocultarnos que existieron otros ejemplos de olvido.

Es el caso de Américo Castro Quesada (1885-1972), que nació en Cantagalo, Brasil, pero que era granadino y andaluz por ascendencia familiar, de Huétor Tájar, y por estudios, ya que cursó la carrera universitaria en Granada, en el fin de siglo. A Américo Castro, siendo ya un prominente librepensador, no lo alcanzó la venganza nacionalcatólica en la Guerra Civil. En San Sebastián, contaba con sorna, se enteró por la radio de su asesinato, y entonces decidió poner tierra de por medio antes de que fuese realidad. Adherido por convicción liberal a la II República española, de la cual sería embajador ante Alemania, encontró refugio al estallar la Guerra Civil en América, en Argentina y Estados Unidos, no atendiendo a los llamamientos del gobierno republicano para que volviese a la península. En el país norteamericano estableció su hogar, y también tuvo la mayor audiencia en el ámbito literario y lo que hoy se llaman «estudios culturales». Cada vez más escéptico sobre las posibilidades de la República como instrumento libertador, pero siempre fiel pública y privadamente a la misma, fue alejándose de los círculos del exilio más combativos, en especial de comunistas y anarquistas. Finalmente, en los años cincuenta, pasada la autarquía franquista, retornó con sigilo a España, donde se relacionó con personalidades culturales del régimen, como Giménez Caballero, Fernández Almagro o Camilo J. Cela, que lo leían y valoraban. No

obstante, su yerno, el filósofo Xavier Zubiri, tuvo que dejar de lado la vida universitaria, estigmatizado por esa relación familiar. Es decir, que don Américo, considerando que el proyecto republicano en su fondo había fracasado, navegaba entre las dos Españas, si bien maldecía al franquismo en todo momento y lugar.

Para él, el combate máximo era mirar al pasado para desentrañar el porqué del maniqueísmo, del cainismo y del fanatismo hispano. Temas que cabe imaginar hoy vuelven a tener gran actualidad a la vista de las derivas políticas.

Para don Américo, el asunto estaba bien claro: había que mirar la problemática desde la ciencia, y esta exigía la formulación de hipótesis sobre bases empíricas ciertas. Con su enorme erudición, reconocida incluso por sus contrarios, como don Claudio Sánchez-Albornoz, presidente de la República en el exilio —del que decía su compañero de partido, don Manuel Azaña, que lo veía «poco republicano»—, y con su capacidad de análisis y grácil pluma, penetró en los arcanos de la historia española.

Las conclusiones más impactantes de Castro fueron: primero, que España no era eterna, lo que demostraba el que la propia palabra «español» tuviera una procedencia extranjera, provenzal. Segundo, que la idea de españolidad estaba vinculada a la presencia semítica en la península, en particular de judíos y musulmanes; dándole más importancia a los primeros que a los segundos, se llegó a aducir que era rabino de Nueva York, pero a la par el israelí Netanyahu padre abominó de él porque había sugerido unos probables orígenes hebraicos de la Inquisición. Y tercero, que a fuerza de tener que disimular nuestras propias creencias —para él Cervantes es el ejemplo máximo—, habíamos desarrollado una *morada vital* tendente a la mística, como refugio de los padecimientos. Ahí estaba santa Teresa para dar elocuente testimonio. Todos estos hechos, que hay que rastrear en sus miles de páginas escritas, en *España en su historia* (1948) sobre todo, han sido y siguen siendo objeto de controversia. Quienes lo hacen no suelen haber leído nada de don Américo, un liberal conservador, que creía que la historia hay que entenderla desde la *vividura*, es decir desde la intimidad con ella.

Llama poderosamente la atención el olvido intencional que hay sobre la figura y obra de Américo Castro, a pesar de los muchos

homenajes, siempre minoritarios, que se le han tributado. Su pensamiento sufre un ostracismo lacerante. Sus despojos descansan en el cementerio civil de Madrid, mientras los de su acérrimo contrario, Sánchez-Albornoz, lo hacen en el claustro de la catedral de Ávila, al lado de los de Adolfo Suárez. En la sepultura de este último está grabado «Triunfó la concordia». Sabias palabras, que no son aplicables a Castro. Mientras España no se reconozca, mediado el discurso castrí, en su futilidad (interinidad le llamaba Ganivet) y en su semitismo (bereber y hebreo), no habrá concordia. El día que eso ocurra España tendrá su gran narración histórica, gracias entre otros a un andaluz como Américo Castro.

* * *

Ciertamente este libro me ha ocasionado una cierta pereza. Cada vez que hablaba con mi amigo Francisco Márquez Villanueva, uno de los ilustres discípulos de Américo Castro, me repetía hace veinte años, que debían explorar más la literatura del Siglo de Oro español. En la misma medida Paco Márquez se empeñaba en considerarme un «castrí», y así me envió en una ocasión a un productor cinematográfico a solicitarme mi opinión. Como no era la de experto no pude salir del reto airoso. En la misma medida el profesor Márquez me remitía largas misivas, muy bien escritas — pensadas, quizás, para coleccionarse—, que yo, ya engolfado en la política cultural y el correo electrónico incipiente, contestaba con lacónicos mensajes. Con toda evidencia aquel diálogo no funcionaba en esos términos, aunque sí fructificase y hubiese complicidad en otros. A veces, y no pocas, tenía la impresión de que Paco Márquez estaba acogido a una imagen de la España profunda, que había vivido en primera persona en su juventud, optando por el exilio voluntario, y que ahora, sobre todo tras la Transición democrática, era muy distinta.

«Mi método» probablemente hubiese generado en don Américo, caso de haberlo conocido, demasiada inquietud. Era demasiado extranjerizante, yo diría que afrancesado. Al fin y al cabo, no podía ser de otra manera siendo «antropólogo». Aunque dedique un pequeño capítulo en un volumen —*Sísifo y la ciencia social*—